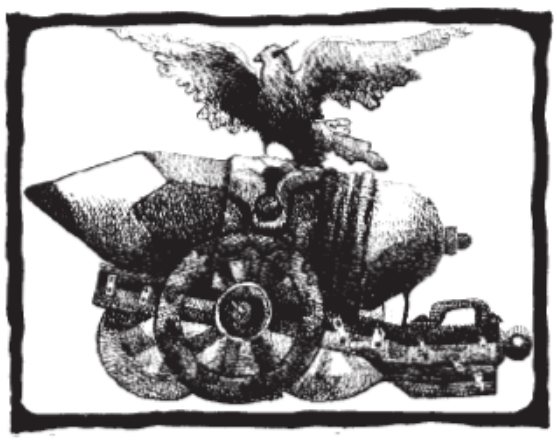
"El mar, donde más cambia es en las orillas, donde ninguna ola es igual a la otra"
Michel de Certeau

Suplemento CULTURAL



Rafael Cuevas Molina

Giselle Rodríguez

Maureen Barrantes

NÚMERO

36

Julio 1996

El *Suplemento Cultural* es una publicación del Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA), de la Facultad de Filosofía y Letras, y del Programa Identidad Cultural, Arte y Tecnología (ICAT), del Centro de Investigación, Docencia y Extensión Artística (CIDEA). Correspondencia, observaciones, sugerencias y colaboraciones se pueden hacer llegar al apartado postal 86-3000 Heredia, COSTA RICA, o al correo electrónico rmolina@una.ac.cr

Se acepta canje.

EL SUPLEMENTO CULTURAL EN INTERNET:
www.icat.una.ac.cr/suplemento_cultural/

UNA UNIVERSIDAD NACIONAL COSTA RICA

El arte y la poesía hacen posible la revelación de las esencias. Entrevista con Julio Escámez. Rafael Cuevas Molina



Julio Escámez vive en Costa Rica desde 1974 en donde ha pintado y ejercido la docencia en la Escuela de Artes Plásticas de la Universidad Nacional;

recientemente, en el mes de marzo del año en curso, expuso en la Galería Nacional de Bellas Artes de Chile, y próximamente saldrá a luz en San José un libro sobre su obra. Con ocasión de estos dos acontecimientos el Suplemento Cultural entrevistó a este pintor-filósofo que trabaja sin descanso en su casa-pajarera de San Pedro de Barva, en Heredia.

El artista: un humanista

Yo pienso que el artista en general, y los que cultivamos este oficio de crear imágenes en particular, necesitamos una concepción del mundo amplia. Es tan acuciosa la realidad actual que impele a tener una noción general del mundo y del estado de la humanidad para, a partir de eso, concebir las imágenes que puedan dar cuenta, desde una posición humanista, de toda esta complejidad.

Las primeras luces

Los individuos son, en realidad, producto del conjunto de las relaciones sociales e históricas. Esto determina el lugar en que uno está ubicado en la estructura social. Desde esta concepción intento explicar cómo se fue conformando mi conciencia social, mi manera de percibir el mundo, de articular los elementos de la realidad que en gran medida están supeditados al sistema de valores que nos han inculcado institucionalmente, la manera como la conciencia crítica emerge difícil y dramáticamente.

La ubicación dentro de la estructura social de mi familia, la clase media empobrecida, determinó mi visión del mundo. Mi padre, de origen español, sufrió el drama de la guerra civil española, cuando las aspiraciones del pueblo fueron aplastadas por el golpe fascista; él nos hablaba del renacimiento cultural vivido durante el breve período republicano. En él prevalecía un sentimiento de una opción histórica truncada, sentía en el alma, al igual que muchos otros españoles, unas aspiraciones de progreso segadas por un régimen reaccionario y cruento. Ese fue el ámbito dramático en el que transcurrió mi infancia y mi adolescencia.

La llegada a mi país de millares de refugiados españoles, los que pudieron escapar de la razia sangrienta, sus más esclarecidos valores culturales como Machado, García Lorca y Miguel Hernández asesinados, marcaban mi imaginario, así como todos aquellos que comenzaban un largo exilio: Manuel de Falla, Pablo Casáis, Luis Buñuel, Rafael Alberti y muchos otros.

Mi madre poseía un carácter sereno y sensible, carácter que contrastaba con el de mi padre que era enérgico y voluntarioso. Fue ella quien advirtió mi inclinación hacia la expresión artística. Desde temprana edad fui retraído, no participaba de los juegos y me dejaba llevar por la imperiosa necesidad de dibujar en toda superficie que encontraba disponible. Mi padre observaba con inquietud mi temprana vocación, y como hombre forjado en la dura experiencia de una vida esforzada, no encontraba nada promisor en mi afición por el arte. Solía advertir que a los artistas les espera una existencia miserable; “se morirá de hambre en la puerta de una panadería”, sentenciaba.

En estas estrechas condiciones de existencia familiar no habían recursos económicos para costear una educación artística, menos en una ciudad de provincia como aquella en la que vivíamos. Terminado el bachillerato en humanidades me vi obligado a desempeñar diversos oficios como aprendiz de litógrafo y empleado de una pulpería, hasta que se presentó la oportunidad de ingresar a una academia de arte fundada por una persona excepcional: el pintor Adolfo Berchenko; éste era un trashumante siempre asediado por la policía política durante la dictadura de González Videla; pesaban sobre su existencia dos estigmas: ser judío y comunista. Sus enseñanzas fueron valiosas, solía decirme: "mientras más comprometido estés con el drama humano, tendrás una conciencia social y estética más profunda”. El me vinculó con el pintor y muralista Gregorio de La Fuente quien me contrató como ayudante en la ejecución de grandes pinturas al fresco que le habían encargado para el nuevo edificio de ferrocarriles.

Con algunos ahorros pude viajar a la capital y matricularme en la Escuela de Bellas Artes y en la Escuela de Artes Aplicadas de la Universidad de Chile. En estas escuelas había una gran inquietud política, eran tiempos difíciles pues el país pasaba por una profunda crisis política bajo un gobierno reaccionario comprometido con los capitales foráneos que explotaban nuestros recursos, fundamentalmente la minería. Uno de los líderes políticos en la Escuela de Bellas Artes era el eminente pintor José Venturelli, que habría de ejercer una gran influencia en quienes recién ingresábamos al plantel. Sus ideas revolucionarias encontraron en mí una con conciencia ávida de una interpretación de los acontecimientos que en esos momentos sacudían nuestras existencias. Estas fueron las tempranas influencias que" ayudaron a perfilar mi conciencia crítica y una más certera concepción de la función del arte.

Hay que conocer al ser humano en todas sus expresiones

Luego salí de mi país, Chile. La primera vez que lo hice fue por aventura. Me atraían los viajes ya que había leído los libros de los naturalistas del siglo XIX, a Humboldt, a Darwin, al capitán Cook y ese mundo descrito me llenó de entusiasmo para emprender solo, siendo estudiante, un viaje arriesgado por América; estuve en la cuenca del Amazonas y con grandes riesgos navegué por ese río, en el altiplano boliviano, en Ecuador, todo con el mínimo de recursos quedando, a veces, en el mayor desamparo. Ese espíritu de conocimiento, esa angustia por conocer el mundo fue como un prurito que tuve desde mis primeros años de adolescencia.

Cuando regresé a Chile me quedaba por conocer la cultura europea; los modelos de perfección aún eran europeos y eso me llevó a Europa, pero esta vez con mejor suerte porque fui agraciado con una beca; estuve en Florencia y en otras ciudades de la Toscana estudiando la pintura mural: Giotto, Piero de la Francesca... todos esos pintores que llenaron al principio mi mundo imaginario. Yo llevaba ya un buen acopio de conocimientos, de oficio, porque había sido ayudante de pintor muralista y esto me ayudó la comprensión de aquellos pintores, su gran maestría, su gran oficio.

La mayor riqueza espiritual, sin embargo, no es adquirida sólo por el conocimiento de las grandes obras, sino también por el conocimiento de la gente, de sus culturas; esto me llevó a emprender posteriormente largos viajes, tan largos que ahora, echando una vista atrás, pienso que se debió a mi vitalidad juvenil el hecho de que sorteara grandes dificultades, que no trepidara al emprender grandes travesías por este planeta; tal es así que viajé con mínimos recursos por todo el sudeste asiático; estuve en la India, China, Japón (en el cual estuve tres veces y en donde estudié a los maestros del grabado japonés; trabajé en el taller de Hanpei Okura, uno de los grandes grabadores).

Entonces yo pienso que esto debe ser, en gran parte, la aspiración de todo joven: el conocimiento de este mundo, y no anquilosarse en una práctica reducida de su arte; el conocimiento del mundo le hace tener una visión más profunda y rica del ser humano, de la diversidad de sus circunstancias, de sus diferencias y riqueza culturales; el mundo es rico precisamente por la diversidad que no por la homogeneidad, que es hacia lo que parece que tiende el mundo actual; de allí que, de alguna manera, por el interés que he tenido por el ser humano, haya arribado a un tipo de pintura que un crítico de arte chileno acaba de caracterizar como "pintura filosófica".



Sobre la función del arte

Pertenecemos a una época en que impera una gran confusión en el ámbito de las ideas. En lo que concierne a los valores estéticos, esta confusión ha generado las más diversas concepciones exteriorizadas en teorías acerca de la naturaleza del arte y su función social.

Los grandes aparatos culturales sometidos a la ideología dominante (constituidos por instituciones oficiales, sistemas de galerías, promoción propagandística y críticos —que no son más que agentes de promoción del arte—), han sometido al artista y su producción a la estética condicionada por la especulación mercantil; así, el producto

artístico se vuelve una confección a la medida de esos intereses.

El imperativo económico de la circulación de la obra de arte como mercancía, ha transformado el objeto artístico en algo ficticio y, la mayor parte de las veces, carente de calidad. Se ha hipertrofiado el carácter esencial del objeto artístico como forma de conocimiento, lo que ha limitado el desarrollo de la conciencia humana, se da, así, una trágica fuga de la conciencia de los individuos, subsumiéndolos aún más en la alienación social y cultural.

Pienso que el artista, consciente de esta tragedia cultural que enfrenta la civilización, debe luchar contra el decaimiento espiritual que sin el influjo del arte, convierte en estéril el alma humana, dejando inerte a la psique colectiva ante la masificación comercial con su carácter agresivo e irracional, que estimula las tendencias más negativas y alienantes. Estoy convencido, a través de mi experiencia estética profundamente relacionada con los otros aspectos del conocimiento, que el arte es un medio esencial del desarrollo de la conciencia humana.; su significación consiste en que es una forma especial de la creatividad humana en la que, de una manera específica, opera imaginativamente en la realidad y el pensamiento, sin aplicar los procedimientos lógicos y experimentales de la ciencia. Sin embargo, desde su propia especificidad, es capaz de alumbrar la naturaleza de las cosas: al no conferir sentido unidimensional a la percepción de los fenómenos, abarca un conjunto mayor de relaciones y síntesis llevando el conocimiento a niveles jerárquicos de mayor significación. De este modo, el arte ha concebido nuevos aspectos de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento humanos, áreas no exploradas por la ciencia. El arte permite decodificar los contenidos ideológicos subyacentes en toda la simbología social, develando así las contradicciones que ocultan.

El arte y la ciencia se complementan en el proceso de conocimiento. La ciencia depende más del análisis, del razonamiento lógico y de la descripción explícita y experimental. Me atrevo a sostener, sin embargo, que tanto el arte como el lenguaje verbal, cuando este último rompe su estructura y nace la poesía, hacen posible la revelación de las esencias.

Costa Rica en la vida de Julo Escámez

Los sentimientos de pertenencia son muy complejos. Desde mi primer viaje encontré un continente unitario no obstante la diversidad étnica que constituye a América; esa es la maravilla de América, su mayor riqueza. Y yo me sentí, ante todo, como un habitante de este continente, y lo quiero expresar con una frase que no es mía, sino de mi colega que vive aquí también y que es chileno, Osvaldo Salas; el dijo que, viviendo en Costa Rica y no en Chile, la sensación que tenía era que simplemente había cambiado de barrio. Y ese es el sentimiento que yo tengo; Costa Rica me acogió generosamente y me ha brindado algo que es esencial al ser humano: un lugar de trabajo que se ha transformado en la razón de mi vida; no me siento obligado, sin embargo, a estar expresando siempre mi gratitud, puesto que mi actitud de estar constantemente produciendo no es más que el deseo de contribuir, modestamente, al desarrollo de este país, con este lugar tan grato, con su clima, con su gente sencilla. Ese es mi sentimiento en general. Mi mayor identificación con América, y no con las patrias en particular, mi concepción bolivariana se ha acentuado. No sufro de extrañamiento ni alejamiento.

Exponer en el Museo Nacional de Bellas Artes de Santiago de Chile

El hecho que yo haya estado tantos años ausente de Chile, con esporádicas apariciones pero simplemente como un visitante, que no haya estado presente constantemente hizo que yo fuera perdiendo vigencia en ese medio. Por lo tanto el volver fue, como lo dijo el director del museo, Milán lvelic, una manera de retomar a la memoria y de volverme vigente otra vez allá. Fue una necesidad que sintió el anterior director del museo, Nemesio Antúnez, por la cantidad de artistas que tuvieron que abandonar Chile y que han ido siendo relegados al olvido en un país que ha ido cambiando en forma muy dramática, en el cual hay una tendencia a borrar el pasado, hay una amnesia en muchos aspectos inexplicable; fue, por lo tanto, una iniciativa para que no sólo pintores sino, también, escritores, actores y músicos volvieran. Así que él fue quien me invitó a exponer mi obra en esa que es la mayor institución dedicada a las artes en Chile, con el fin de que yo entrara en vigencia otra vez.

Para mí fue sorprendente la resonancia de la exposición. Después de tantos años uno piensa que mucha de la gente que conoció ya no está, que está fuera del país y, en general, uno desconoce su destino; por eso, fue agradable ver cómo llegó tanta gente que incluso yo creía que ya no existía. Fue muy emocionante para mí encontrarme con ese Chile conocido y desconocido que llegó en gran número a la exposición.

Se ocuparon cinco salas de veintidós metros de largo cada una, de las cuales una estaba dedicada al dibujo, otra al grabado y las tres restantes a la pintura. Me hicieron muchas entrevistas para medios escritos, tres programas enteros de televisión, etc. En todos los programas hice referencia especial a mi vida en este país, a mi labor como pintor en este lugar que me brinda la tranquilidad, el reposo, el silencio que todo artista necesita y que me es tan grato. Hice referencia también a un libro sobre mi obra que saldrá publicado próximamente. Ha sido editado por una editorial costarricense llamada “Nuestra Tierra” que dirige el editor Pedro Parra. Es de formato agradable, con tapas duras, con sobrecubierta en colores y contiene algunas notas: un prólogo de Neruda referido a mi pintura, luego presentaciones de los dos últimos directores del Museo Nacional de Bellas Artes de Chile y, después, unas notas mías que son una especie de bosquejo de mi iniciación como artista, que titulé “Páginas dispersas”; la segunda y tercera parte del libro son reproducciones de dibujos y pinturas.

Hacia el futuro inmediato

Mis perspectivas para el futuro son las siguientes: soy docente, he tratado de dar lo mejor de mi vida y mi conocimiento a los muchachos que tienen interés en aprender y en crearse una conciencia artística amplia, crítica, que no se circunscriba al aprendizaje limitado de un oficio con una corta visión del mundo; algunos de ellos vienen constantemente a mi casa yo no quiero que ellos sean un reflejo de lo que yo pienso, sino que tengan una independencia de criterio. Quiero continuar con esta práctica. Luego, en marzo de 1997 vuelvo a Chile a presentar una exposición en la ciudad de Viña del Mar, auspiciada por la Fundación de Cultura de la ciudad, y luego esa exposición se traslada a Concepción, en donde yo fui profesor de la universidad de la ciudad y donde se está preparando un reconocimiento de toda mi

labor; con esta exposición concluiría mi trayectoria en Chile y regresaría a Costa Rica, a la cual ya considero mi hogar, para seguir sirviendo dentro de lo posible al desarrollo de la conciencia artística.

Ahora que volví al pueblo.
Armando García



A mi compadre Archibaid James Alien Joseph Ferdinand Waid MaClean Christi conocido entre nosotros como "Bu".

Aquí está, mira. Este descalzo de la esquina, de pelo rapado y pantalones chingos soy yo. Y esta muchacha maciza que miras aquí, con vestido floreado, es mi tía. No, no es la que se murió; es la que te regaló el vaso con jugo de naranja agria; sí, la misma que te dijo que yo era como un hijo para ella. Ese día, cuando tomaron la foto, el único cipote que llevaron a la feria fue a mí y bien me acuerdo que en la plaza, entre el palo de carao y la iglesia, se iba a torear la danta, ese juego donde el cabo cantonal se mete en un cajón que tiene forma de concha de mangungo, de cusuco, pues, y con una vara larga empieza a echar carreras para quitarles el sombrero a los jinetes que la torean, aunque allí les dicen chalanes, y al que le dan un trancazo y le quitan el sombrero paga una multa. Pero antes de comenzar a torear la danta, venía Canuto, un viejo que dicen que tenía guardado el último tambor de los hicaques que, al tocarlo, allá por el llano del Arrayán, se oía el retumbo por todo el valle. Canuto, con un rifle de chimba o no sé si era retaco, hacía el mate de pegarle un tiro a la danta, bueno, hacía la patarata porque el tiro no tenía plomo, sólo era pólvora, uno de esos tiros que les llaman reformados y al escucharse el pungún del disparo, salía la danta fingiéndose malherida, pegada en el codillo y entonces comenzaba la gritería y el pijeo de torear el armatoste.

Ese día fuimos a pie hasta el chorrito y ya cuando íbamos al final del barranco, creo que era más allá, cerca de la Cruz del Perdón, nos montaron en un carro unos galleros de San Lorenzo, que iban también para la feria, y vale que nos dieron jalón porque yo iba cansado y con ganas de beber agua y al ratito de haber llegado le dieron a mi tía y a su esposo frescos de tamarindo y a mí un raspado de leche, de los que vendía Lila, la de Camarada.

Estaba chupando los últimos pedacitos de hielo cuando llegó el carro de Jorge Faruska y allí venía ella y desde que se bajó empezó a desconchabarse todo aquello. Los fotógrafos de cubeta se peleaban por fotografiarla. Los campistas, los peritos del banco y los agrónomos del STICA armaban molote por posar al lado, atrás, a media yarda o en una esquina donde estuviera Taty.

Para qué te cuento, mi viejo, a ella le daban todo, cuando menos acordaba, bum, una vieja le regalaba una taza de café, de repente, chas, un aguacero de refrescos. Para no hacértela larga, no hallaban dónde ponerla y la tenían boquita qué querés.

Ese día, me acuerdo como si lo viera en película, la invitaron a que hiciera el saque de honor; después, a cortar la cinta para inaugurar la exposición comercial y, en la tardecita, Paco Lerio le regaló la cabeza del pato que descabezó después de la carrera de cintas. El mundo giraba alrededor de ella. Yo, un carute de nueve años, pensé que aquella mujer bajita, cachetitos rosados, boca de chancuna y nalgas respingadas era más bella que las guapas que bramaban a moco tendido por Pedro Infante en el cine que exhibía al aire libre, en las paredes del hotel Norma, el carro de la Mejoral.

Ya vas a ver cuando te enseñe la foto donde está acostada en la grama. Mira, ve. Aquí está. Acostadita. Ni en las películas has visto un bomboncito igual. Por mucho tiempo me tragué el cuento de mi tía, de que esa lindura iría a México a estudiar cine y que algún día la veríamos abrazada a Jorge Negrete, o dándole besos tronados a Arturo de Córdoba y despreciando como calcetín mojado a Borolas.

Su papá tenía pisto y Taty andaba siempre bien arregladita. Y si hay algo que agradecerle es el haber mantenido ocupada a doña Vide quien, le costuraba unos vestidos con los cuales apantallaba a los que hablaban galón en el parque. Me acuerdo de unos vestidos que eran socados y a veces se ponía una faldas así de anchotas que eran más hojas que almuerzo.

No la volví a ver desde los días del golpe de Estado en el sesentitrés. Nos fuimos para Batán a donde trasladaron al esposo de mi tía, la que dio el refresco. Allá crecí, estudié y ya garrudito, cuando empecé a piropear y enamorar mujeres, a todas las que les echaba el ala, las comparaba con el recuerdo de Taty.

No te imaginas lo que sentí ahora que volví al pueblo. La última vez fue cuando se tragaba polvo en puta en la carretera. Ahora los carros vienen sedita por el pavimento. Y al nomás bajarme del bus, cuál crees que fue mi sorpresa. Allí estaba el original de esta foto: desdentada, con un pañuelo de lunares en la cabeza, y más gorda que una rockola. Estaba vendiendo semitas y nacatamales en una de las bancas de la terminal.

Me acerqué a ella como a comprarle, y cuando le pregunté cuál era su nombre, sorprendida contestó:

"¿Para qué lo quiere saber, jovencito?".

"Yo la conocí a Ud., hace veinte años, cuando le tomaron una fotografía sobre la grama, la fotografía más bonita en el álbum de mi tía". Le dije.

Arrellanó sus trescientas libras y recostó su cabeza en el poste que sostenía la banca. Su mirada atravesó cada palmo, cada parcela, cada surco de su invertida metamorfosis y me vi retratado, cipote de nueve años, en el fulgor detenido de su pupila.

(*) Escritor, filósofo y teólogo hondureño; el cuento que se publica en el Suplemento Cultural se encuentra en su libro Hechos necios que acusáis.... (Munir XXI Editores; San Pedro Sula; 1983).